



Las tasas de trueque en las caravanas de la Puna argentina: reflexiones sobre sus continuidades y cambios (Santa Rosa de los Pastos Grandes, Departamento de Los Andes)

Barter rates in the caravans of the Argentine Puna: reflections on continuities and changes (Santa Rosa de los Pastos Grandes, Department of Los Andes)

Sebastián H. Abeledo¹  <https://orcid.org/0000-0001-6912-7059>

¹ Universidad Nacional de Salta, Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, Facultad de Humanidades, Salta, ARGENTINA.  sebaabeledo@hotmail.com

Resumen

El artículo presenta un estudio etnográfico sobre las caravanas pastoriles de intercambio en la localidad de Santa Rosa de los Pastos Grandes (Salta, Argentina), buscando aportar elementos de discusión a un tema profusamente abordado: el de la estabilidad de las tasas de trueque. A partir de datos obtenidos en diversas entrevistas con protagonistas, y de información lograda de primera mano, en primer lugar, se esboza una breve introducción a la lógica y dinámica de las caravanas, así como las transformaciones que han sufrido las prácticas de trueque hasta la actualidad. Se propone apreciar otro tipo de variaciones de las tasas de cambio de productos, que las citadas en etnografías de diversos lugares de los Andes, que permiten analizar y discutir la estabilidad de las tasas. Para ello, se concentra en tres puntos paradigmáticos: las variaciones en las unidades de medida de acuerdo con el volumen, el valor de mercado como referencia de los intercambios, y la distancia recorrida en busca de tasas de trueque más convenientes.

Palabras clave: Puna de Salta, caravanas pastoriles de intercambio, estabilidad en las tasas de trueque, cambios y continuidades.

Abstract

This article presents an ethnographic study on shepherd trade caravans in Santa Rosa de los Pastos Grandes (Salta, Argentina), contributing discussion elements to a widely addressed topic: stability in barter rates. Based on data obtained from several interviews with protagonists and first-hand information, we briefly introduce the logic and dynamics of the caravans and how barter practices have transformed to date. The article proposes observing other types of variation beyond those cited in ethnographies from various places in the Andes that enable analysis and discussion of rate stability. To that end, it concentrates on three paradigm points: variations in the units of measurement by volume, market value as a reference for exchanges, and the distance traveled in search of better barter rates.

Keywords: Puna de Salta, shepherd trade caravans, stability in barter rates, changes and continuities.

Recibido: 11 marzo 2022 | Aceptado: 14 julio 2022



Introducción

En este trabajo nos proponemos describir una parte de la experiencia de las caravanas de intercambio pastoril que antaño conectaban vastas extensiones del espacio andino, conformando un modo común de adquirir producciones de otros ambientes. Se trata de la organización de los trueques de productos que –aunque con frecuencias significativamente menores que en otros tiempos– continúan realizándose en el noroeste argentino.

Entre las múltiples dimensiones desde las que las caravanas pueden ser estudiadas, nos detendremos aquí en los aspectos socioeconómicos que hacen al intercambio o trueque de mercancías. De acuerdo con los objetivos que este artículo persigue, comenzaremos con una breve aproximación conceptual al trueque como forma de intercambio. A continuación, nos referiremos a la importancia que las caravanas tienen para el desarrollo del pastoreo especializado. Luego, a través de la descripción de esta forma de transacción que corrientemente se conoce como trueque en la literatura etnográfica, analizaremos algunos aspectos de cómo aún se efectúa en lugares de la Puna de la provincia de Salta (Argentina).

A partir de datos obtenidos en diversas entrevistas con protagonistas, y de información lograda de primera fuente, a través de nuestra propia participación en viajes de intercambio, esbozaremos una breve introducción a la lógica y dinámica de las caravanas que nos permitirá adentrarnos en los detalles de las prácticas de trueque y las transformaciones que han sufrido en la actualidad.

Según lo expresan sus propios actores, analizaremos algunos de los cambios que ha ido experimentando, lo que nos permitirá ensayar algunas interpretaciones sobre la importancia que tiene el intercambio en la actualidad. Así, se espera apreciar las interrelaciones, diferencias, contradicciones e integración entre los sistemas de trueque y de mercado.

Si bien la información sobre el campo empírico que se analiza fue documentada durante casi 15 años de trabajo etnográfico continuo, la fuente principal que nutre este trabajo ha sido obtenida entre los años 2009 y 2011, donde hemos podido acompañar a dos caravanas de intercambio a los Valles Calchaquíes de la provincia de Salta.

Una aproximación al trueque como forma de intercambio

La forma general de intercambio adoptada en las caravanas contemporáneas es el trueque. A grandes rasgos, este constituye una actividad de subsistencia que implica una forma de intercambio de bienes entre dos partes, orientada a proveer productos necesarios para un grupo humano, dentro de un ambiente en gran medida controlado por aquellos que

intervienen.

El trueque como fenómeno social es universal, ubicuo, y no sólo por haber sido registrado en prácticamente todo el mundo, sino también por su capacidad de surgir donde no existía y resurgir donde se lo creía acabado. Tratado en ocasiones como una antesala del dinero y del capitalismo moderno (Humphrey y Hugh-Jones, 1997), en países como Argentina ha permitido afrontar los problemas que la inestabilidad del valor del dinero representa como medida de intercambio.

La racionalidad económica del trueque presenta un carácter especial que incluye ideas, valores y visiones del otro que se manifiestan a través de la transacción. En el caso del trueque caravanero, se trata de relaciones sociales diádicas que estarían gobernadas por la confianza, implicarían poco riesgo y una garantía de estabilidad, continuidad, e incluso, reciprocidad complementaria. En este tipo de trueque –intercambios de bienes por bienes–, los juicios acerca de las equivalencias entre las cosas intercambiadas se encuentran normados por tasas preexistentes y conocidas de antemano. Estas establecen que lo dado, aunque diferente, es considerado de igual valor a lo recibido (Alberti y Mayer, 1974).

El asunto de la equivalencia expresado en tasas ha sido previamente tratado por la etnografía andina. Muchas de las formas de equivalencia documentadas son bastante conocidas: una libra de coca por una arroba de maíz (Burchard, 1974), un cordero por un saco de papas (Mayer, 1982) o una carga de sal por 3 *almudos* de maíz, esto último muy común en nuestro caso. Estas tasas se mantienen más o menos estables en cada lugar, pero no son estáticas y están sujetas también al cambio, aunque a un ritmo más lento que los precios del mercado. Por ende, aunque en principio se trata principalmente de transacciones donde los productos no son valorados con referencia al dinero que el mercado les asigna, estas no son del todo ajenas a criterios exógenos que cada vez tienen mayor relevancia en tanto regímenes de valor alternativos y entre los que no siempre existen fronteras tan nítidas. Por ello, resulta difícil ofrecer una definición ordenada y sistemática que pretenda aislar al trueque como un tipo de intercambio.

Pastores y caravanas en los Andes

La noción de “pastoreo especializado” remite a la realidad de sociedades cuyos fundamentos económicos descansan en la ganadería extensiva (Khazanov, 1994). Actualmente, las propuestas teóricas asumen que, lejos de tratarse de economías “puras” en cuanto al grado de su especialización, los modos de vida de los pastores dependen en distintas proporciones de una amplia gama de actividades, tales como la horticultura, la caza, la recolección, la pesca, las artesanías, el intercambio caravanero, la comercialización de sus excedentes productivos y la venta de fuerza de trabajo, entre otras (Salzman, 2004). Por consiguiente,

la mayoría de las sociedades que basan su subsistencia en el pastoreo poseen economías mixtas muy flexibles y dinámicas, que les permiten suministrar los recursos necesarios para su desarrollo material y reproducción social (Barfield, 1993; Khazanov, 1994; Salzman, 1972).

En el Altiplano andino, las necesidades de complementación económica han sido más agudas en ambientes de altura, dado que allí los desarrollos agrícolas se restringen a una mínima producción. Sin embargo, la crianza de camélidos ha configurado un modo de vida pastoril capaz de producir, trasladar e intercambiar productos a un nivel interregional, superando así las limitaciones para la producción de alimentos de origen agrícola como los cereales y hortalizas (Núñez y Dillehay, 1995).

En las economías especializadas en el pastoreo, una de las técnicas alternativas de adquisición de recursos complementarios radica en una táctica considerada central e integral, que articula la producción de diferentes zonas ecológicas: la organización de caravanas de intercambio.

La asociación entre pastores y caravanas es un aspecto destacado por los estudios etnográficos realizados desde mediados del siglo XX, de manera tal que resulta difícil imaginar comunidades pastoriles en los Andes sin involucramiento activo en redes comerciales de intercambio en algún momento de su historia. En los países recorridos por el altiplano andino (Argentina, Bolivia, Chile y Perú) los viajes de trueque con recuas de llamas han sido de extrema importancia para el pastor y su familia (Browman, 1974; Molina Rivero, 1987; Nielsen, 1998; West, 1981). Estos les permitían adquirir productos de consumo de otras zonas –que no podían producir o que insumían muchos costos de producción– considerados indispensables para su subsistencia y también enriquecer su patrimonio (Browman, 1977; Núñez y Dillehay, 1995)¹.

La modalidad que prevalece mayoritariamente en las transacciones de intercambio interzonal es el trueque de mercancías. Básicamente, los productos sobre los que descansa el trueque son la sal y aquellos obtenidos del ganado, que son trocados en las zonas agrícolas por maíz, papa, ají, cebada, trigo, frutas y hortalizas. En el pasado, los granos secos se llevaban a los molinos de los valles para hacerlos moler, para lo que antes debían lavar el trigo y hacerlo secar para obtener harina común para elaborar el pan. También el maíz, una vez aventado, se hacía moler para obtener frangollo.

¹ En los Andes meridionales han surgido propuestas teóricas relativas a la importancia que han tenido la movilidad y el intercambio para el desarrollo de sociedades de pastores especializados de las tierras altas: el modelo “altiplánico” de Browman (1977) y la “movilidad giratoria” de Núñez y Dillehay (1995), integrando geografías como el Altiplano boliviano y Atacama, hicieron notar la importancia histórica de los conductores de caravanas mostrando que los agricultores y los pastores habrían funcionado como estructuras paralelas de producción.

Los pastores caravaneros transportan sus productos arreando tropas de llamas como animal de carga; pero también, utilizan burros, caballos y mulas tanto para ser cargados como para montarlos. Los viajes siguen rutas tradicionales muy antiguas que alcanzan extensiones variables y diferentes regiones entre valles serranos y costeros. Esto resulta en un encadenamiento de contactos con determinadas familias de agricultores. Dichas relaciones suelen institucionalizarse y son de vital importancia para asegurarse la prioridad en el trueque, facilidades de alojamiento, reserva de productos de calidad, así como la posibilidad de contar con ellos aun en tiempos de escasez (Flores Ochoa, 1977; Casaverde, 1977).

Pese a que se ha destacado que el intercambio interzonal sólo depende parcialmente del dinero y que albergaría la capacidad para funcionar independientemente del mercado (Custred, 1974), existen formas complementarias que combinan e integran el trueque con la compraventa a precios de mercado en numerosos lugares de los Andes (Abeledo, 2012; 2013; Bugallo, 2008; Casaverde, 1977; Concha Contreras, 1975; Göbel, 1998a, 1998b; Molina Rivero, 1987, entre otros). En tanto esta articulación con el mercado resulta eficiente en proveer al pastor de una mayor variedad de posibilidades para aumentar los bienes negociables, la creciente participación también ha provocado efectos adversos en la continuidad del intercambio, afectando sobre todo la extensión e importancia del intercambio tradicional (Concha Contreras, 1975; Custred, 1974; Flores Ochoa, 1968; García y Rolandi, 1999; Göbel, 1998a). No obstante, a pesar de las transformaciones y los distintos procesos de cambio que atravesaron, el intercambio continúa practicándose como una estrategia económica eficiente en diversos lugares de la geografía andina (Abeledo, 2012; 2013; 2014; Bergesio y González, 2020; Molina Otarola, 2011; Ricard Lanata y Valdivia Corrales, 2009).

Los pastores de Pastos Grandes y sus oportunidades económicas

En los Andes meridionales se encuentra la Puna de Atacama, cuya porción oriental pertenece a la República Argentina. El centro de esta región está ocupado por el oeste de la provincia de Salta, que toma la denominación de departamento de Los Andes. Según los términos de la organización político-administrativa mediante la cual Salta ejerce su jurisdicción, la localidad de Santa Rosa de los Pastos Grandes pertenece al municipio de San Antonio de los Cobres, donde se encuentra su pueblo de cabecera.

En la localidad de Pastos Grandes, ubicada a una altura promedio superior a los 4.000 msnm, viven unas 250 personas agrupadas en aproximadamente 50 unidades domésticas, grupo social sobre el que descansa el desarrollo de las actividades de producción, distribución, administración y reproducción social. Allí los grupos domésticos son llamados *familia*, y suelen estar compuestos por tres generaciones sucesivas de parientes que incorporan, además de una pareja o mujer soltera, a los hijos/as de las hijas que

permanecen en el hogar. Más del 50% de estos grupos se dedica directamente al cuidado y crianza de sus *haciendas*, lo que permite dimensionar la importancia que el pastoreo tiene en el modo de vida de la localidad.

Todos los miembros de estas *familias* participan del cuidado de los rebaños de llamas, cabras y ovejas, así como de la organización de los momentos rituales, en los que desempeñan distintas funciones. Las mujeres son consideradas la autoridad en lo que al ganado respecta y son las encargadas de su cuidado cotidiano, con ayuda de sus hijos e hijas cuando no se encuentran en la escuela. Los hombres pueden colaborar periódicamente en esta tarea, ya que se encuentran fundamentalmente abocados al trabajo asalariado.

Desde la segunda mitad del siglo pasado, la articulación entre ganadería y caravanas se vio profundamente afectada por cambios significativos, tales como: el crecimiento de la actividad extractiva minera y el trabajo asalariado que se acrecentaron a partir de 1970. Otros factores que incidieron remiten a la llegada de comerciantes ambulantes y la articulación con estructuras estatales, con el crecimiento del empleo público entre 1980 y 1990, las transferencias estatales y los ingresos vía subsidios. Finalmente, la intensa actividad actual de compañías de exploración y desarrollo de prospectos metalíferos – especialmente de yacimientos de litio–, han aumentado las posibilidades de empleo (Abeledo, 2017a).

Estos cambios dieron lugar a un sistema de complementación en el que la participación en el mercado y las relaciones con estructuras estatales fueron ganando terreno en la vida cotidiana. En este nuevo sistema de relaciones el énfasis dejó de estar puesto en la producción pecuaria y el intercambio de excedentes para centrarse en la articulación con un sistema económico de distinta naturaleza. El universo de posibilidades económicas que las unidades domésticas tienen a disposición parece expandirse día a día, y podemos apreciar que las actividades más importantes que esta sociedad despliega están dirigidas a convertir sus recursos en circulante (Abeledo, 2017b).

Al referirnos al ámbito de la economía doméstica, lejos de tornarse en un movimiento homogéneo y coordinado, cada familia ha ido tomando de manera independiente sus propias decisiones frente a las transformaciones acontecidas en las últimas décadas. Entre las que han decidido persistir con el pastoreo, se ubican aquellas pocas *familias* de pastores que aún incorporan entre sus estrategias de diversificación económica la tradicional práctica de viajar a los valles.

Los viajes desde Pastos Grandes, sus destinos en el presente y la organización de un “viaje típico” a los valles

El territorio articulado por las caravanas de los puneños hacia fines del siglo XIX y principios del XX estaba conformado por distintas regiones que trascendían las fronteras de

la actual República Argentina (Barnabé, 1915; Cerri, 1903)². En tal sentido, comprendían un área más amplia que la delineada por los viajes que describiremos para la actualidad, que además cubre destinos exclusivamente de los valles Calchaquíes de la Provincia de Salta.

Avanzada la segunda mitad del siglo pasado, la mayoría de los actuales pobladores adultos de la localidad ya había participado en viajes a distintas fincas y parajes en los Valles Calchaquíes de la provincia de Salta. Los pastograndeños hablan de tres destinos principales: La Poma (departamento de La Poma), Cachi (departamento de Cachi) y Luracatao (departamento de Molinos). Desde hace algunos años, los viajes a la Poma y Cachi ya no se practican; estos son destinos abandonados por los viajeros, pero sí se mantienen los viajes a los Altos Valles de Luracatao.

Los viajes a los valles de Luracatao continúan realizándose esporádicamente por unas pocas *familias*, de las que puede decirse que mantienen vivo el antiguo tráfico entre los puneños y vallistos de estas latitudes. La duración de estos viajes puede ser de más de 10 días, cuestión que también depende del lugar dónde se dirijan. Una vez en Alumbre, que está ubicado a unos 3.150 msnm, se pueden conseguir productos como maíz, papas, zapallos y habas; pero para conseguir algunas frutas es conveniente bajar hasta Cuchiyaco e incluso seguir viajando. En estos viajes, algunos incorporaban destinos como Brealito, Seclantás y Colte siguiendo un camino que aparta desde Refugio hacia el este. Continuando quebrada abajo por el río Luracatao, se llega al pueblo de Molinos desde el que se accede a Banda Grande y Churcal.

En lo que respecta a rutas y caminos, a mediados de siglo XX también existían otras maneras de recorrer estos valles siguiendo circuitos, es decir, haciendo viajes más largos que incluían muchos destinos, llevaban más tiempo y se hacían transportando un volumen mayor de productos (Figura 1). Esta última descripción de los diversos destinos caravaneros recientemente vigentes pone de manifiesto las múltiples transformaciones que han tenido los alcances territoriales de esta articulación.

² Estos viajes han sido muy tradicionales para los pastores del noroeste argentino. Muchos atravesaban enormes distancias llevando sus llamas y burros cargados a la feria de Huari en Bolivia (Cerri, 1903) o emprendían viajes a Chile y también a Bolivia, para canjear en este último destino sus productos por hojas de coca (Barnabé, 1915).

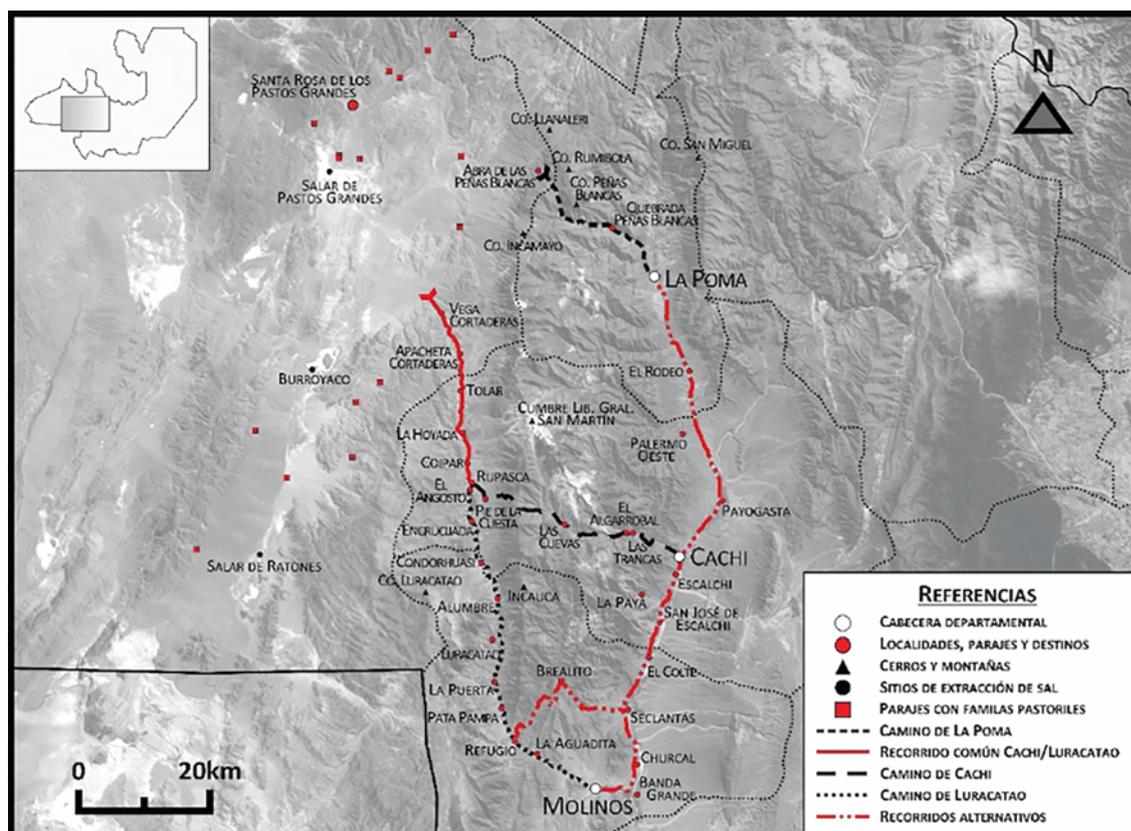


Figura 1. Principales rutas de viaje desde Pastos Grandes a los Valles Calchaquíes con la ubicación de algunos parajes (Fuente: Elaboración propia a partir de información obtenida en el terreno).

Sin detenernos en las particularidades que diferencian las prácticas de uno u otro viajero, proponemos esbozar a continuación una breve descripción de la lógica y dinámica de las caravanas a manera de modelo, exponiendo los núcleos básicos que comprende la organización de un viaje de intercambio a los valles, tal como los pastograndeños los practicaban hasta hace unos pocos años.

La organización de un viaje de intercambio compromete a todo el grupo doméstico. No obstante, como resulta común a otros lugares de los Andes, esta actividad pertenece al ámbito del género masculino que se destaca por su función de entretener relaciones sociales con el mundo de afuera (Göbel, 1998a; Nielsen, 1998). Es por ello por lo que la organización de un viaje está supeditada al tiempo que los hombres dispongan, ya que pueden encontrarse trabajando en las minas, ocupados en otros trabajos domésticos o fuera de la localidad. No obstante, es importante señalar que muchas mujeres puneñas han acompañado a los hombres de su familia, alcanzando incluso a organizar sus propios viajes.

Los primeros viajes que realiza una persona se hacen en promedio alrededor de los diez años, y se desempeñan como acompañantes aprendices de sus padres, tíos, hermanos mayores o de un amigo de la *familia*. Poco tiempo después, alrededor de los 15 años de edad, muchos jóvenes comienzan a dirigir sus propios viajes apoyados –y a veces hasta empujados– por todo el círculo familiar.

Previamente, las mujeres del hogar se abocan a confeccionar y componer los elementos que se precisan para cargar los burros: frazadas, peleros, mantas, mañas, sogas, caronas o cueros y la alforja para guardar enseres y el *avio*. Hoy en día, para transportar la sal granulada y la *mercadería* obtenida en los valles, se utilizan bolsas de rafia de polipropileno. Antes se usaban los *costales*, bolsas rectangulares muy resistentes tejidas en telares que servían como unidad de medida y para transporte de mercancías (Lecoq, 1987; Molina Rivero, 1987).

Respecto del animal de carga, la totalidad de viajeros que entrevistamos ha viajado con burros y, aunque saben por sus abuelos que en tiempos remotos se viajaba con llamas, ellos nunca las han utilizado en las caravanas. Dado que los burros no son pastoreados y se mueven casi sin restricciones, días antes hay que ir a rodearlos y encorralarlos si es necesario. En ese momento se seleccionan de 10 a 20 burros *baqueanos*, conocedores de los *caminos* que llevan a cada valle. Entre los burros de la *tropa*, el *marucho*, honrado como portador del *cencerro*, tomará la delantera de manera natural y será el responsable de marcar el paso y de alinear a la *tropa* cuando se desvía. Además, siempre acompaña a los viajeros un perro que ayuda a guiar a los burros, proteger a los viajeros mientras duermen y puede ayudar a cazar alguna presa menor en el camino.

Es muy importante señalar que los viajes de intercambio tienen períodos de realización en relación con los ciclos agrícolas de los valles que coinciden con dos momentos del año en los que se encuentran productos diferentes. *En verano*, entre marzo y abril, es *el tiempo de la fruta*. Salvo en el caso de las frutas y algunas verduras, las variedades de los productos que pueden encontrarse no difieren significativamente entre los tres grandes destinos que señalamos. *En invierno*, entre junio, julio y agosto, es *el tiempo del grano*, que básicamente comprende distintas variedades de maíz (pisingallo, capia, morocho) y el trigo. Los pastores puneños también van en busca de papas, zapallos, y habas (verdes y secas) y en menor medida de tomates, cebollas, lechugas, pimientos y otras verduras.

Los bienes pastoriles de intercambio consisten en distintos tipos de recursos, como los minerales (de los salares), vegetales de la zona, los derivados del ganado, productos manufacturados y hasta algún producto de origen industrial. A diferencia de la importancia que la lana y los tejidos tuvieron en el pasado, la sal en pan y a granel es el recurso pastoril más importante para iniciar una caravana desde la Puna salteña.

Para obtener sal en pan –el producto que más llevan para trocar–, los hombres realizan viajes con sus burros a los *hachaderos* –sitios adecuados para la extracción de panes– del salar de Pastos Grandes, de un sector del salar Centenario llamado Burroyaco o del salar de Ratonés ubicado al sur de la localidad. Cada bloque o pan alcanza aproximadamente 25

kilos, el peso ideal para *terciarlos* en los burros más *guapos*, que resisten ese peso que se carga de a pares.

Los otros bienes transportados por los pastores incluyen recursos que se obtienen del ganado como la carne (también *charqui* o *chalonas*), la *tustuca* (grasa del pecho de la llama), la lana y artesanías tejidas. Por otra parte, entre los *yuyos* que se recolectan en la zona y luego sirven como elementos de intercambio, se encuentra la *pupusa*, la *copa-copa*, el *airampo* y especialmente la *rica-rica*.

En Pastos Grandes, antes de la partida se celebra un significativo *convido* o *challa*, ritual propiciatorio para invocar la benevolencia de la Pachamama, acompañado por rogativas a la Santa Tierra, “para que nada ocurra en el camino, a nosotros y a la tropa y que haya cambio en los valles” (Abeledo, 2013; Ambrosetti, 2005; Mariscotti de Görlitz, 1978; Cipolletti, 1984; Göbel, 1998a). Al regreso del viaje se hace una nueva celebración que algunos llaman *la buena llegada*, *convido* que tiene el sentido de agradecer a la Pachamama por los *cambios* realizados y a la tropa por los servicios prestados. Mientras se festeja el éxito del viaje, junto con la familia *challan a la Pacha*, al *cencerro* y a la *carga* y se asperja a los animales con alcohol y coca (Lecoq, 1987)³. Luego de que la mercadería es ingresada al almacén, puede darse por concluido el *viaje*, tal como los pastograndeños lo practicaban hasta hace unos pocos años.

Un viaje es considerado una travesía sumamente desgastante desde el punto de vista físico. Los viajeros insisten en decir que han “*sufrido* con los viajes”. En el *alojamiento*, sitio de descanso en el que se acostumbra a pernoctar a la intemperie, la jornada comienza en la madrugada, antes del amanecer. Luego de supervisar el estado de los burros, se carga la *tropa* y se comienza a andar retomando las huellas del *camino* durante todo el día. Es usual detenerse para hacer una *pica*, un almuerzo rápido y frugal que puede constar de alguna conserva o mate con tortillas para reforzar la primera ingesta. Antes de la puesta del sol se arriba al nuevo *alojamiento*, se descarga a la *tropa* para que pueda descansar y alimentarse, se prepara mate y una sopa y suelen contarse historias y cuentos mientras se bebe *yerbeao* (mezcla de mate cocido con alcohol puro).

Una vez en los altos valles comienza otra etapa del viaje, cuando se da inicio a la interacción con los agricultores con quienes han institucionalizado relaciones sociales de amistad. Estas relaciones se construyen a través de muchos años y frecuentemente los jóvenes, que las heredan de los padres o abuelos, no hacen más que continuarlas. La etnografía de las caravanas en los Andes ha registrado distintas categorías nativas para designar este tipo de relación que ha recibido distintos apelativos: *amigos* o *conocidos* en Perú (Casaverde, 1977), *compañeros* en Bolivia (West, 1981; Lecoq, 1987) o *caseros*

³ El beber y chayar al cencerro del jefe de la tropa, estaría demostrando “la perfecta simbiosis que une al hombre, a los animales y a la integridad del universo” (Lecoq, 1987, p.32)

(Molina Rivero, 1987). En el noroeste argentino, estas relaciones se designan con el apelativo de *colegas* (Karasik, 1984) o *amigos* (Göbel, 1998a) en la Puna jujeña, mientras que en la Puna catamarqueña se consideraban *amigos* o *conocidos* (García y Rolandi, 1999). Los pastograndeños, de un modo singular, utilizan mayoritariamente la palabra *clientes* cuando se refieren a sus *amigos* o *conocidos* de intercambio. Entre ellos rige un deber moral de concederse ciertos privilegios recíprocos tales como la prioridad para elegir los productos y la reserva de aquellos de mejor calidad, facilidades para el alojamiento y la posibilidad para los agricultores de acceder a productos aun cuando las cosechas hayan sido malas (Flores Ochoa, 1977). Además, los agricultores pueden solicitar carne o sal que los pastores dejan de *fiado*, ya que sus *clientes* “son buenos y siempre pagan sus *cuentas*”. De la misma forma, ellos también pueden llevarse productos agrícolas adelantados para reciprocarse en próximos viajes (Mayer, 1974). Los sucesivos encuentros brindarán la seguridad de que el pastor volverá a entregar sus *encargos* y a cumplir con sus *contratos*.

Luego de algunos días de recorrer cada valle, hospedados por *amigos* y *clientes*, los viajeros emprenden el regreso recogiendo el *cambio* preparado por los agricultores. La familia los espera en la casa, donde al llegar repasan todos los pormenores de la travesía. Cabe mencionar que, en los tiempos en los que eran un medio insustituible de subsistencia, en ese mismo momento ya se comenzaba a planificar un nuevo viaje a los valles o a otros destinos.

En esta breve descripción quedan expuestos los núcleos básicos que comprende la organización de un viaje de intercambio a los valles, tal como los pastograndeños los practicaban hasta hace unos pocos años.

El trueque en los Altos Valles de Luracatao: transformaciones y continuidades del referente de los intercambios

Como producto de estas continuas relaciones, se fueron estabilizando ciertas pautas de intercambio, abiertas y claras, para regular las transacciones entre pastores y agricultores. En el caso aquí abordado, el trueque comparte los lineamientos generales de otras áreas de la Puna argentina y de los Andes, con matices que hasta cierto punto representan variaciones de un mismo tema. Es en torno a determinados productos que los pastores guardan la preferencia de hacer *cambio*, *cambeo* o *cambalacheo*, mientras que otros serán intercambiados preferentemente por dinero. En una tercera clase se encuentran aquellos bienes que pueden ser tanto intercambiados como comprados.

En el trueque se utilizan medidas tradicionales de volumen y de peso que se intercambian según distintas tasas que, en general, mantendrán una proporción fija de un año al otro sin seguir los rumbos de la economía monetaria.

A pesar de que la literatura clásica ha enfatizado el carácter estable de las tasas (Madrazo, 1981; Browman, 1994), existen autores que identificaron consensos dinámicos para establecer el valor de los productos (Lecoq, 1987), así como el regateo (Casaverde, 1977), y también variaciones regionales en las medidas de cambio de acuerdo con la época agrícola (Concha Contreras, 1975). Göbel (1998a) discutió principalmente el argumento de la estabilidad de las tasas demostrando que variaban en ciertos productos con relación al tamaño y calidad de lo intercambiado, las fluctuaciones en la demanda debido a la escasez de algunos productos y para evitar tener que volver con remanentes de mercadería. Aquí daremos nuevos ejemplos en la dirección de las observaciones iniciadas, y otros que surgen a partir de contextos más recientes.

El principio del trueque aplicado históricamente en los valles solía ser independiente de los precios del mercado y con tasas similares en cada destino. Los pastores y agricultores utilizan modalidades y medidas de cambio entre las cuales una de las más usadas es la de volumen por volumen. De los modos principales de intercambio que conocimos, el *almudeo* es uno de los más generalizados. Los *almudos* son recipientes cuyo volumen ha ido cambiando a través del tiempo, implicando variaciones en las medidas de cambio⁴. Hasta hace algunos años se llamaba *almudos* a los baldes plásticos de pintura que contienen 20 litros de capacidad, aunque también han existido otros más grandes y pequeños. La sal a granel se cambia *almudo por almudo*, es decir, se llena uno de los tachos con la sal y luego con el bien por el cual será intercambiada. En cambio, la sal en bloque se intercambia en una medida fija de una *carga* por una cantidad determinada de *almudos*. El cambio que los viajeros más nos mencionaron para una carga de sal era por 3 *almudos*. En los fragmentos que siguen a continuación, se explica este tipo de intercambio.

...vos llevas la *carga* de sal, más o menos 40 kilos ponele, la cambias por 3 *almudos* que viene a ser una *carga* de burro. Depende, porque hay un *almudo* [más pequeño] con 4 *almudos* también, una *carga*, dos de cada lado al burro. Y el *almudo* más grande es 3 una *carga* de burro. Es ahí o depende como arreglen ustedes [...] no lleva más de 40, más de 40 una *carga* de burro no. Ya tiene que ser un burro muy machito para 45, 50, es un burro muy grande. Porque hay burritos más desechos ya menos 35, 40 [...] siempre, siempre por una carga, el burro va cargado con la sal y vuelve cargado con el maíz justo. (D. Fabián, comunicación personal, 2009)

...*Carga* de sal, que pesa 45 kilos cambia con 3 *almos*, el *almo* que dicen ¿no? Es una medida, tacho de 20 litros así es el *almo*. Tres tachos de estos te dan de maíz, por la *carga* de sal que pesa 45, 50 kilos. Si querés te dan un *almudo* de papa, uno de maíz, y otro puede ser de haba o de trigo (E. Delgado, comunicación personal, 2009)

...La sal cambiaba por *almudo*, tarros de 20 litros. La sal en pan, por granos, por maíz, trigo, por fruta, por todo eso [...] con 3, una *carga* de sal [...] la *carga* de sal está pesando 45, 40 por ahí, hasta 50 si lleva ya el burro ya. El burro chico va con 35 [...]

⁴ Las palabras *almo* y *almudo* provienen de *almud*, unidad de medida cuyo valor ha ido variando en diferentes épocas y regiones.

La *carga* grande va pues por 3 *almudos* de maíz. Después si es más corto menos: por 2 y $\frac{1}{2}$, por 1 y $\frac{1}{2}$ también los [bloques de sal] más chiquititos (C. Delgado, comunicación personal, 2009)

Si bien las tasas demuestran estabilidad, no son para nada fijas y pueden manifestar variaciones de acuerdo con el volumen de la unidad intercambiada. Mientras que algunos mantienen la razón estandarizada de “*carga* de sal por 3 *almudos*”, hay pastores que cambian papas y frutas en una proporción distinta a la que cambian los granos. Se entiende que las papas, por su volumen, dejan más espacios libres dentro del balde, se *truncan*, y proponen cambios por 3 *almudos* y medio o hasta por 4 *almudos*. En el caso de la sal en grano, hemos registrado cambios de “2 x 1”, es decir, 1 *almudo* de sal por 2 *almudos* de papa o de frutas como manzanas, duraznos y peras.

Por supuesto, tanto la *carga* de sal en pan por 3 *almudos* como la sal en grano que se *almudea*, son medidas ideales que admiten variaciones que son negociadas con los *clientes*. Pues aquí las modificaciones pueden estar sujetas a diversos factores y la razón puede alterarse dependiendo del tipo, calidad y tamaño de los productos. Por ejemplo, si los bloques de sal son notablemente más chicos que los tradicionales, los agricultores pueden negociar la entrega de menor cantidad de sus productos. Recordemos lo dicho por el viajero, si la *carga* es más chica puede llegar a cambiarse hasta por 1 *almudo* y medio. El trueque incluye también otro tipo de transacciones de bienes por bienes –sin *almudeo*– que se consideran equivalentes, como es el caso de los yuyos y los choclos. Los yuyos pueden cambiarse por otras hierbas, por panes o tortillas, por *tostao*, por maíz pelado en mortero, y además, pueden ser intercambiados por dinero. Con los choclos el caso es más flexible; aunque también se *almudean*, se suelen cambiar por *tanto* (una cantidad convenida) o por docena. En el cambio por *almudo* se exige un poco más de 3 *almudos*, por entender que “el choclo tiene mucho desperdicio” (Tabla 1).

Tabla 1. Tasas aproximadas de intercambio en Pastos Grandes considerando los principales bienes intercambiados

Cambios en los Valles Calchaquíes	
Bienes pastoriles	Bienes agrícolas
Minerales	
1 carga de sal en pan	X 3 almudos de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo X 4 almudos de papa
1 almudo de sal granulada	X 1 almudo de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo X 2 almudos de orejones de manzana/ durazno/ pera X 6 almudos de algarrobo
1 almudo de coipa	X 1 almudo de frutas/ tomate/ haba/ maíz/ trigo
Productos en bruto	
1 partido chivo (grande 15 a 20 kilos)	X 3 almudos de frutas/ tomate/ haba/ maíz/ trigo
1 pieza de llama (grande 7-8-12 kilos)	X 2 almudos de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo
1 kilo de grasa de llama	X 1 almudo de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo
1 vellón de oveja o llama (2 a 3 kilos)	X 1 almudo de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo
1 cuero de llama con lana	X 2 almudos
Manufacturados	
1 frazada	X dinero (100, 150 y 200 pesos, año 2009)
1 manta	X dinero (200 pesos, año 2009)
1 kilo de lana de llama, oveja	X dinero (15 pesos, año 2009)
1 sogá (soguita de mano)	X 1 almudo de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo
1 sogá de 2 brazadas	X 2 almudo de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo
1 sogá de 8-9-10 brazadas	X 3 almudos de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo
1 corte barracán	X 3 almudos de frutas/tomate/ haba/ maíz/ trigo
Vegetales	
1 jarrito de pupusa/rica-rica/copa-copa	X pan/tostao/dinero.
pupusa/bailabuena/etc.	X arcayuyo/menta/ ruda/etc.

Nota. En el cuadro no especificamos el tamaño de los *almudos*, que habría ido reduciéndose con el tiempo (Fuente: Elaboración propia a partir de información obtenida en el terreno).

Los intercambios que se han mantenido estables durante largos períodos de tiempo son considerados por los agentes como equivalentes, quienes incorporan dentro de su lógica los espacios de negociación (Göbel, 1998a). Pero si bien estas fluctuaciones se encuentran dentro de los márgenes negociables del intercambio, existe una transformación mayor que representa un contrapunto que expresa una verdadera transición en las prácticas de trueque. Nos referimos al tema de los cambios en los tamaños de los *almudos* que sugerimos más arriba.

Los pastores manifiestan recurrentemente que los *almudos* son más pequeños que los que existían antaño. Los *almudos* antiguos eran cajones de madera o lata que posteriormente fueron sustituidos por baldes de distintas capacidades. Esta situación, en principio, no ocasionó problemas al hablar del cambio *almudo por almudo* por el que se intercambia la sal granulada. El desbarajuste vino a presentarse con la sal en pan que se

intercambia en medidas fijas de 3 *almudos* grandes. Si bien los baldes que se utilizaban como *almudos* tenían una capacidad aproximada de hasta 18 kilos de maíz cada uno, de acuerdo con las transformaciones que esto trajo sobre las tasas de intercambio, una *carga* de sal en pan comenzó a cambiarse por 3 *almudos* de aproximadamente unos 8 kilos cada balde.

Celecio Morales: la *carga* de sal con 3 *almudos* de maíz, de trigo, cambias con 3. De papa ya lleva más, con papa ya 3 y ½ [...] depende el *almudo*. Hay *almudo* de 10, 8 kilos [...] más chico, chiquitos son.

AUTOR: ¿Un balde así? ¿De esos 3 *almudos*? Y con una *carga* de sal, ¿no son 3 *almudos* de esos grandes? [Señalando el balde de 20 litros]

C.M.: no, no, no. Años sí, ya no. Años más, el *almudo* era de 18 kilos [...] Ah, claro, porque el maíz morocho es más pesado que el trigo. Después eran de 15 ahora, habrán de unos 10, *almudos* grandes no [...] estos chiquitos tienen 8, 6 kilos. Ahora no, antes no, eran de 18 kilos los *almudos* (C. Morales, comunicación personal, 2009)

AUTOR: ¿Y cómo cambiaba la *carga* de sal?

Nicolás Morales: Yo me acuerdo que en ese tiempo cambiaban con tres *almudos*, pero el *almudo* era grande y tarro de esos grandes de 20 litros [señalando un balde de pintura] un poco más grande había unos cuadrados de galletas, más grande más ancho. Cosa que pesaba casi como 12 kilos el *almudo*, por ahí, así por eso más 14 kilos pesaba casi. Por eso 3 *almudos* era como 40 kilos, por eso cambiabas 3 *almudos* con una *carga* de sal y alcanzaba a cargar el burro, daba 40 kilos de maíz.

AUTOR: ¿Y por ejemplo por qué lo cambiaba?

N.M.: Y bueno, por 3 *almudos* de maíz, sea 3 *almudos* de habas, sea 3 *almudos* de papa, 3 *almudos* de trigo, así. El trigo es pesado, ese alcanza a pesar como 15 kilos, el *almudo*, que le decíamos el *almudo*. Entonces ahí nomás metía en la bolsa y volvía cargado el burro. Entonces no venías con los burros, sino si cambiabas menos ya venías con los burros vacíos. Entonces tiene que ser casi igual – igual el cambio. Y así a veces nos sobraba carga a nosotros, y yo andaba mi burrito cabalgaba, y a veces tenía que cargar al sillero también porque me sobraba carga (N. Morales, comunicación personal, 2009)

Pero esta no ha sido la única alteración que los pastores perciben como injusta, la inequidad se expresa también en otros bienes que se cambian con otras modalidades. Por ejemplo, en los últimos viajes que un pastograndeño hizo a La Poma cerca del año 2000, indicó que en ese destino se cambiaba un *almudo* de sal granulada por un *almudo* de tunas, tomates, peras o duraznos. Esto era considerado injusto para el pastor, dado que al igual que la papa, estos bienes ocupan más espacio dentro del *almudo* y siempre se acostumbraba a entregar un poco más, “es que no querían cambiar sino, estábamos obligados a cambiar así. Dicen los viejos que antes no era así, era lindazo años” (H. Rodríguez, comunicación personal, 2009). Quizás por ello algunos pastores que viajaban hasta años recientes insistían en imponer la modalidad kilo por kilo, descartando el cambio *almudo por almudo* de la sal

granulada.

Por otros bienes manufacturados como los tejidos y sogas, los pastores pedían preferentemente dinero, aunque también aceptaban el intercambio por *almudos* con tasas prefijadas. Más recientemente, y si bien también se siguió trocando, se incluyó a la carne en este tipo de transacciones monetarias. Por otro lado, comenzaron a exigir el pago en dinero por los productos agrícolas que antes se intercambiaban (Bugallo, 2008). La transacción de dinero por bienes que podrían ser intercambiados por sal, es la modalidad menos preferida por los pastores quienes entienden que no les conviene en absoluto.

En este contexto, quien desee *salir a los valles* debe sumar uno de los riesgos más temidos: el de volver con parte de la *carga* habiendo resultado en vano el esfuerzo invertido. Es por ello por lo que un pastor acepta dinero por sus productos, *almudos* más pequeños e incluso menos *almudos*, aun cuando esto no le resulte del todo conveniente. En ocasiones, un viajero se siente obligado a aceptar cambios que considera desventajosos, tales como la equiparación del valor de los productos del trueque a precios de mercado. Los valores en dinero que el mercado da a los productos se basan en principios de oferta y demanda ajenos al trueque que son mucho más fluctuantes que las tasas de intercambio. Pese a todo esto, no significa que siempre sea desfavorable intercambiar en referencia a los valores monetarios que se creía que un bien tenía. Por ejemplo, un pastor encontraba conveniente poner precio a sus tejidos y cambiarlo por el precio que los vallistos ponían a sus orejones, un producto que se vendía por kilo:

El *charqui* de durazno, el *charqui* de pera, orejones que dicen, ese venden por kilo allá pues. Tenés que cambiar así con lana, tejidos, cambiar así [...] la diferencia es que te llevas un tejido, pones precio, y ellos van a poner precio a sus orejones que decimos. Y bueno, ahí como decimos, tanto el uno como el otro se arregla. Eso va por precio ambos (C. Delgado, comunicación personal, 2009)

En destinos de La Poma y Cachi se les ofrece dinero por la sal de manera insistente. Esto produce un desbalance importante en las expectativas de reciprocidad de los pastores y, desde su perspectiva, una “notable” ventaja para los vallistos. El precio de la sal que ofertan los pastores se intenta equiparar al que venden en los valles *los negociantes*. Esta sal obtenida de manera industrial es de un precio más bajo y no mantiene la calidad de la que extraen los pastores de manera artesanal, y es más, con el dinero de esas ventas nunca podrían obtener los granos y frutas que obtienen con el *almudeo*. Esto resulta de algún modo deshonroso para los pastores, ya que según ellos, “esto los vallistos lo saben bien”.

Una última variación de las tasas de intercambio que pudimos observar se refiere a la distancia recorrida. Según algunas versiones, los pastores conseguían mejores *cambios* a medida que transitaban lugares más alejados. En un viaje del que participamos, un pastor que vivía en los altos valles nos explicaba que “la sal que vos dejás en Alumbre o más arriba, luego se la llevan abajo y la venden o cambian por más, quizás en vez de 2 *almudos* le estén

dando 3” (A. Salva, 2011). Se dice que quienes hacen circular la sal de este modo hacen un “negocio” que llaman *cadena*.

Cada viaje tiene un inicio y un final, pero los intercambios iniciados en uno pueden completarse en el próximo o en otros subsiguientes. Las modalidades diferidas de intercambio que los pastores arreglan con sus *clientes*, *conocidos* y *amigos* en las que dejaban productos *fiados* o retiraban productos agrícolas por adelantado, junto con los *encargos*, hacían que los cambios de un viaje se proyecten sobre los próximos. Si bien desde el punto de vista ritual, cada viaje está señalado por un inicio y un preciso punto de cierre, desde este punto de vista, cada viaje se encuentra entrelazado con otros, prolongándose uno sobre el otro dando continuidad a los intercambios.

Reflexiones finales

Existen muchos factores que afectan la continuidad del intercambio caravanero en el mundo moderno. Entre ellos se encuentran cuestiones difíciles de visualizar, tales como las variaciones y transformaciones de las tasas de intercambio, que dificultan las intenciones del pastor para proseguir con el trueque caravanero.

En nuestra propia experiencia hemos podido apreciar otro tipo de variaciones, algunas de carácter sutil, que se suman a las citadas en etnografías de diversos lugares de los Andes, y nos permiten continuar discutiendo el argumento de la estabilidad de las tasas. Por ello, consideramos que aún podemos agregar algo más sobre las principales transformaciones que evidencian que la estabilidad de las tasas continúa siendo un tema de debate. A continuación, reflexionaremos sobre los tres puntos que nos han parecido paradigmáticos.

El primero de ellos tiene relación con el tamaño de los *almudos*. La cuestión de la reducción del tamaño de los *almudos* ha seguido un derrotero completamente desfavorable para los intercambios que los pastores ya no perciben como equivalentes. Es que, en el fondo de las variaciones de estos intercambios, subyacía el principio enunciado arriba por el viajero: “el burro va cargado con la sal y vuelve cargado con el maíz justo”. Es decir, puede reconocerse un proceso en el que progresivamente los *almudos* se fueron reduciendo, de los grandes como los baldes y cajones que tenían una capacidad aproximada para contener entre 12 y 18 kilos de granos, se pasó a *almudear* con baldes más pequeños entre 8 a 10 kilos. Como consecuencia no se puede cumplir con el ideal de llevar un burro cargado y volver con una carga de un peso equivalente.

El segundo punto tiene relación con el mercado como referente de los intercambios. Según una tendencia que se ha afianzado, los agricultores comenzaron a mostrarse interesados en comprar los bienes pastoriles según los precios del mercado que no reflejan el

valor que los pastores le dan a su trabajo de adquisición y transporte hasta los valles. Este cambio, producto de razonar sobre los precios del mercado, demuestra una de las transformaciones más dramáticas ya que cuestiona uno de sus principios esenciales: que las tasas no se establezcan en relación directa al dinero. Las tasas de intercambio que mencionamos como la base del trueque interzonal en las que subyacía “el peso que un burro cargaba” como un patrón de referencia válido, ha sido desplazado por otro referente: el mercado capitalista. Es notable el lugar concedido a las transacciones en términos del precio del mercado, lo que demuestra un viraje a otro tipo de racionalidad económica y refleja la profunda penetración que han tenido ciertas ideologías de consumo. Quizás a esto se deba que el vocabulario del trueque esté teñido de términos propios de las transacciones comerciales urbanas, se habla de “*comprar*” maíz, “*vender*” la sal, de “*clientes*” para hacer cambio y de hacer “*negocio*” o “*contrato*”.

El último punto sobre el que nos interesa reflexionar tiene relación con la distancia recorrida por los pastores para comerciar su sal. Esto nos deja con una idea final sobre las variaciones de las tasas, que nos ayudó a comprender por qué el ideal de 3 *almudos* – dejando de lado la cuestión de su tamaño– no siempre se cumplía en los *cambios* de los destinos más cercanos que, en este sentido, resultaban menos favorables que los lejanos. Las tasas manifiestan los costos de transporte que insumen una mayor inversión de trabajo dando un valor terminal más alto al producto (Scott, 1974). En el valor de cambio de un producto como la sal también se percibe este esfuerzo, que en la ecuación parecería incluir otro principio subyacente: “a más lejanía, mejores serán los *cambios*”. Sin embargo, dadas las circunstancias actuales, emprender viajes más largos no es algo que esté al alcance de los caravaneros de hoy.

Mas allá de las diversas razones que hacen del intercambio caravanero una empresa costosa e incluso desfavorable para los pastores, y que compromete la continuidad de una de las estrategias consideradas clásicas del pastoralismo andino, la problemática nos invita a hacer una última reflexión.

Cuando el pastor participa tanto de los sistemas de trueque como de mercado sus opciones para optar por el destino de su producción son mayores y, al mismo tiempo, podría mantener un control relativo sobre una parte de dicha producción al menos cuando se trata de bienes específicos. Dicho de otra manera, la continuidad de los intercambios recíprocos le sirve como mecanismo de refugio y protección de los avatares que los precios de sus productos pudieran seguir en el mercado. A pesar de que el mercado ha ido ganando prácticamente toda la arena comercial en este lugar de los Andes argentinos, es importante destacar que ambos sistemas aún coexisten en la actualidad.

En cierta forma, y a pesar de los desbarajustes que las transacciones en dinero vienen a imponer sobre el sistema de trueque, la población habría sostenido un rol activo frente a

las transformaciones sociales y al impacto de la economía de mercado, asumiendo las presiones a través de su propia lógica de subsistencia. El mismo hecho de que todavía persistan manifestaciones del intercambio caravanero parecería no hacer más que apoyar un punto de vista similar. Ahora bien, no debemos descuidar que esta combinación trae aparejadas contradicciones como las que venimos tratando, y que la cuestión de sus transformaciones en un lugar donde no se realizan viajes de intercambio a través de otros medios de transporte, y el trueque no se practica en otros ámbitos como las ferias, podría proveernos una mayor comprensión acerca del fenómeno de la desarticulación del trueque caravanero en este sector de los Andes argentinos.

Referencias citadas

- Abeledo, S. (2012). Los viajes de intercambio en la Puna de Atacama: pasado reciente y actualidad del caravanero en Santa Rosa de los Pastos Grandes (Salta). En *VI Congreso de Ciudades y Pueblos del Interior. Memoria*. San Fernando del Valle de Catamarca.
- Abeledo, S. (2013). *Pastores de los Andes Meridionales. Sistemas tradicionales de intercambio y sus transformaciones en Santa Rosa de los Pastos Grandes (Los Andes, Salta)* [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires].FILO digital. <https://bit.ly/3Lmsrpp>
- Abeledo, S. (2014). Territorio, caminos y prácticas culturales de los viajes de intercambio del último siglo (departamento de Los Andes, provincia de Salta). En A. Benedetti y J. Tomasi (Comps.), *Espacialidades de las tierras altoandinas. Avances de investigación desde el noroeste argentino* (pp. 29-62). Universidad de Buenos Aires.
- Abeledo, S. (2017a). Minería de boratos en la Puna argentina: participación en la actividad extractiva y su incidencia en el modo de vida local en Santa Rosa de los Pastos Grandes, Provincia de Salta. *Revista Iberoamericana de Viticultura, Agroindustria y Ruralidad*, 3(10), 139-161. <https://bit.ly/466l0KX>
- Abeledo, S. (2017b). Pastoreo, minería y transferencias estatales en Santa Rosa de los Pastos Grandes (Puna de Salta, Argentina). *Runa*, 38(1), 23-40. <https://bit.ly/3ZeCvGO>
- Alberti, G. y Mayer, E. (1974). Reciprocidad andina: Ayer y hoy. En G. Alberti y E. Mayer (Comps.), *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos* (pp. 13-33). Instituto de Estudios Peruanos.
- Ambrosetti, J. B. (2005). *Viaje de un maturrango y otros relatos folklóricos*. Taurus.
- Barfield, T. J. (1993). *The nomadic alternative*. Prentice-Hall.
- Barnabé, J. (1915). Los yacimientos minerales de la Puna de Atacama. En *Anales del Ministerio de Agricultura, Sección Geología, Mineralogía y Minería*. (Vol. 10, tema 5). Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura.

- Bergesio, L. y González, N. (2020). Los viajes de intercambio y las ferias. Relatos y vigencia del trueque en la Puna jujeña (Argentina). *Estudios Atacameños*, (65), 407-427. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2020-0034>
- Browman, D. L. (1974). Pastoral Nomadism in the Andes. *Current Anthropology*, 5(2), 188-196. <https://doi.org/10.1086/201455>
- Browman, D. L. (1977). Tiwanaku Expansion and Altiplano Economic Patterns. En *VII Congreso de Arqueología de Chile*.
- Browman, D. L. (1994). Información y manejo del riesgo de los fleteros de llamas en los Andes Centro-Sur. En D. Elkin, C. Madero, G. Mengoni Goñalons, D. Olivera, M. Reigadas y H. Yacobaccio (Eds.), *Zooarqueología de Camélidos*. (Vol. 1, pp. 23-42). Universidad de Buenos Aires-Grupo Zooarqueología de Camélidos.
- Bugallo, L. (2008). Años se manejaba el cambio y ahora el billete. Participación de poblaciones de la Puna de Jujuy en ferias e intercambios entre los siglos XIX y XX. *Estudios Trasandinos*, 14(2), 5-30. <https://bit.ly/45S7wD0>
- Burchard, R. E. (1974). Coca y trueque de alimentos. En G. Alberti y E. Mayer (Comps.), *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos* (pp. 209-251). Instituto de Estudios Peruanos.
- Casaverde, J. R. (1977). El trueque en la economía pastoril. En J. A. Flores Ochoa (Comp.), *Pastores de Puna. Uywamichiq punarunakuna* (pp. 171-191). Instituto de Estudios Peruanos.
- Cerri, D. (1903). El territorio de Los Andes (República Argentina). *Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador, el General Daniel Cerri*. Universidad de Jujuy.
- Cipolletti, M. S. (1984). Llamas y mulas, trueque y venta: el testimonio de un arriero puneño. *Revista Andina*, 2(2), 513-538.
- Concha Contreras, J. de D. (1975). Relación entre pastores y agricultores. *Allpanchis*, 7(8), 67-101. <https://doi.org/10.36901/allpanchis.v7i8.1078>
- Custred, G. (1974). Llameros y comercio interregional. En G. Alberti, y E. Mayer (Comps.), *Reciprocidad e Intercambio en los Andes Peruanos* (pp. 252-289). Instituto de Estudios Peruanos.
- Flores Ochoa, J. A. (1968). *Los pastores de Paratía. Una introducción a su estudio*. Instituto Indigenista Interamericano.
- Flores Ochoa, J. A. (1977). Pastoreo, tejido e intercambio. En J. A. Flores Ochoa (Comp.), *Pastores de Puna. Uywamichiq punarunakuna* (pp.133-154). Instituto de Estudios Peruanos.
- García, S. y Rolandi, D. (1999). Viajes comerciales, intercambio y relaciones sociales en la población de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional, Argentina). En C. E. Berbeglia (Coord.), *Propuestas para una Antropología Argentina*, V (pp. 201-217). Biblos.

- Göbel, B. (1998a). Salir de viaje: Producción pastoril e intercambio económico en el noroeste argentino. En S. Dedenbach-Salazar, C. Arellano, E. König y H. Prümers (Eds.). *50 años de Estudios americanistas en la Universidad de Bonn. Nuevas contribuciones a la arqueología, etnohistoria, etnolingüística y etnografía en las Américas* (pp. 867-891). Estudios Americanistas de Bonn.
- Göbel, B. (1998b). Risk, Uncertainty and Economic Exchange in a Pastoral Community of the Andean Highlands (Huancar, N.W.Argentina). En Th. Schweizer y D. White (Eds.), *Kinship, Networks and Exchange* (pp. 158-177). Cambridge University. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511896620.011>
- Humphrey, C. y Hugh-Jones, S. (1997). Introducción: Trueque, intercambio y valor. En C. Humphrey, y S. Hugh-Jones (Comps.), *Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas* (pp. 15-18). AbyaYala.
- Karasik, G. (1984). Intercambio tradicional en la puna jujeña. *Runa*, (14), 51-91. <https://bit.ly/44PZ3Pa>
- Khazanov, A. (1994). *Nomads and the Outside World*. The University of Wisconsin.
- Lecoq, P. (1987). Caravanas de lamas, sel et échanges dans une communaute de Potosí, en Bolivia. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 16(3-4), 1-38. <https://doi.org/10.3406/bifea.1987.947>
- Madrazo, G. (1981). Comercio interétnico y trueque recíproco equilibrado intraétnico. *Desarrollo Económico*, 21(82), 213-230. <https://doi.org/10.2307/3466541>
- Mariscotti De Görlitz, A. (1978). *Pachamama Santa Tierra. Contribución al estudio de la religión autóctona en los Andes centro-meridionales*. Instituto Ibero-Americano.
- Mayer, E. (1974). Las reglas del juego en la reciprocidad andina. En G. Alberti y E. Mayer, (Comps.), *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos* (pp. 37-65). Instituto de Estudios Peruanos.
- Mayer, E. (1982). Un carnero por un saco de papas: Aspectos del trueque en la zona de Chaupirawanga, Pasco. *Nueva Antropología*, 6(19), 81-96. <https://bit.ly/3LhonXC>
- Molina Otarola, R. (2011). Los Otros arrieros de la Puna y el Desierto de Atacama. *Chungará (Arica)*, 43(2), 177-187. <https://doi.org/10.4067/s0717-73562011000200002>
- Molina Rivero, R. (1987). La tradicionalidad como medio de articulación al mercado: una comunidad pastoril en Oruro. En O. Harris, B. Larson y E. Tandeter (comps.), *La participación indígena en los mercados surandinos* (pp. 603-636). *Estrategias y reproducción social. Siglos XVI - XX*. Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social.
- Nielsen, A. (1998). Trafico de caravanas en el sur de Bolivia: observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas. *Relaciones - Sociedad Argentina de Antropología*, (22-23), 139-178. <https://bit.ly/3sSlxBY>

- Núñez, L y Dillehay, T. (1995). *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e interacción económica*. Universidad Católica del Norte.
- Ricard Lanata, X y Valdivia Corrales, G. (2009). *Tejedores de espacio en los Andes. Itinerarios agropastoriles e integración regional en el sur peruano*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.
- Salzman, P. C. (1972). Multi-resource Nomadism in Iranian Baluchistan. En W. Irons y N. Dyson-Hudson (Eds.), *Perspectives on Nomadism* (pp. 60-68). E. J. Brill. https://doi.org/10.1163/9789004473782_006
- Salzman, P. C. (2004). *Pastoralists: Equality, Hierarchy, and the State*. Westview Press.
- Scott, C. D. (1974). Asignación de recursos y formas de intercambio. En G. Alberti y E. Mayer, (Comps.), *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos* (pp. 322–345). Instituto de Estudios Peruanos.
- West, T.L. (1981). *Sufriendo nos vamos: from a Subsistence to a Market Economy in an Aymara Community of Bolivia* [Tesis de doctorado no publicada]. New School for Social Research.

Para citar este artículo bajo norma APA 7a ed.

Abeledo, S. H.. (2023). Las tasas de trueque en las caravanas de la Puna argentina: reflexiones sobre sus continuidades y cambios (Santa Rosa de los Pastos Grandes, Departamento de Los Andes). *Estudios Atacameños (En línea)*, 69: e5366. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2023-0015>

